

ENTREVISTA

Entrevistado

Daniel Buquet Corleto

“Pasado, presente y futuro de la Ciencia Política en el Perú y América Latina: Un análisis por el vigésimo aniversario de la Carrera de Ciencia Política en la PUCP”

Entrevistadora y Editora:

Geraldty Rojas♦

ORCID: 0009-0005-4315-7889

DOI: <https://doi.org/10.18800/politai.202502.006>

♦ Miembro de la comisión de Publicaciones de la Asociación Civil Politai y estudiante de Ciencia Política y Gobierno de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Sobre Daniel Buquet Corleto

Es doctor en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-México) y profesor titular en el Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Uruguay). Su trabajo académico se orienta al análisis de las instituciones políticas y de la democracia en América Latina, con énfasis en los sistemas de partidos y electorales, las elecciones primarias, la política judicial y el sistema político uruguayo.

Es autor y editor de numerosos libros, capítulos y artículos en revistas académicas nacionales e internacionales. Entre sus obras más influyentes destacan *Fragmentación política y gobierno en Uruguay: ¿Un enfermo imaginario?* (1998, en coautoría con Daniel Chasquetti y Juan Andrés Moraes)¹, y *La democracia en Uruguay: una partidocracia de consenso* (2000, en coautoría con Daniel Chasquetti)², ambos ampliamente citados en el campo de la ciencia política latinoamericana. Asimismo, ha editado volúmenes como *Elecciones y partidos en América Latina en el cambio de ciclo* (2018, junto a Manuel Alcántara y María Laura Tagina)³. Entre sus publicaciones recientes se encuentran “Pueblo chico, alcalde grande. Abstencionismo en las elecciones municipales de Uruguay, 2010-2020” (2024)⁴, “A propósito del centenario de la Corte Electoral de Uruguay: gobernanza electoral y democracia en América Latina. Introducción al número temático” (2024)⁵ y “Political Science in Latin America: A Multidisciplinary Discipline / La science politique en Amérique latine: une discipline pluridisciplinaire” (2023)⁶.

1 Buquet, D., Chasquetti, D., & Moraes, J. A. (1998). *Fragmentación política y gobierno en Uruguay: ¿Un enfermo imaginario?* Montevideo: Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

2 Chasquetti, D., & Buquet, D. (2000). *La democracia en Uruguay: una partidocracia de consenso*. Política, (1), 221-247.

3 Alcántara, M., Buquet, D., & Tagina, M. L. (Eds.). (2018). *Elecciones y partidos en América Latina en el cambio de ciclo*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

4 Buquet, D., Cardarello, A., & Schmidt, N. (2024). Pueblo chico, alcalde grande. Abstencionismo en las elecciones municipales de Uruguay, 2010-2020. Íconos. Revista de Ciencias Sociales, 78, 13-36. <https://doi.org/10.17141/iconos.78.2024.5955>

5 Buquet, D., & Yaffé, J. (2024). A propósito del centenario de la Corte Electoral de Uruguay: gobernanza electoral y democracia en América Latina. Introducción al número temático. Revista Uruguaya de Ciencia Política, 33(18), 1-8. <https://doi.org/10.26851/RUCP.33.18>

6 Buquet, D. (2023). Political Science in Latin America: A Multidisciplinary Discipline / La science politique en Amérique latine: une discipline pluridisciplinaire. Revue d'Histoire des Sciences Humaines, (42). <https://doi.org/10.4000/rhsh.8234>

Trayectoria y desarrollo de la disciplina

Como fundador de la Asociación Uruguaya de Ciencia Política y, hasta hace poco, Secretario General de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, ¿cómo evalúa el desarrollo de la ciencia política en América Latina durante la última década? ¿Qué papel han jugado este tipo de asociaciones en la consolidación de la disciplina y en la construcción de redes académicas regionales?

Los principales cambios en la ciencia política en América Latina ocurrieron entre finales del siglo pasado y los primeros años de este, cuando numerosas universidades comenzaron a ofrecer carreras de ciencia política en todos los niveles: licenciaturas, maestrías e incluso doctorados. Ese proceso se consolidó durante la segunda década del siglo XXI, dando lugar a una notable expansión del mundo académico y profesional de la disciplina.

Paralelamente, se desarrollaron asociaciones nacionales y regionales. La Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP) se fundó en 2002, mientras que la Asociación Uruguaya se constituyó en 2006. Ya existían experiencias previas como la Asociación Argentina —la más antigua de la región—, la chilena o la brasileña, y posteriormente surgieron otras en países como Colombia, México, Paraguay, Perú y Ecuador. Hoy en día contamos con alrededor de ocho asociaciones activas en América Latina, principalmente en los países de mayor peso académico.

Estas asociaciones cumplen un papel clave al organizar congresos regulares que fomentan el intercambio académico, tanto a nivel nacional como internacional. Si bien cada asociación desarrolla sus propios encuentros, todos ellos han avanzado en la internacionalización, recibiendo colegas de países vecinos y de distintas partes de la región. En el caso de ALACIP, este carácter internacional se refuerza aún más, lo que resulta fundamental, ya que ninguna disciplina científica progresa encerrada en sus fronteras. El estudio comparado, especialmente en política y políticas públicas, ha sido uno de los motores del desarrollo de nuestra disciplina.

Además, las asociaciones han acompañado el fortalecimiento de las instituciones académicas en la región. Universidades, centros de investigación y organismos como FLACSO han contribuido decisivamente a la formación de posgrados y a la consolidación de espacios de investigación. En el caso peruano, por ejemplo, la Pontificia Universidad Católica del Perú cuenta con un núcleo sólido de académicos en ciencia política y, en décadas anteriores, el Instituto de Estudios Peruanos desempeñó un papel importante en el desarrollo inicial de la disciplina.

Finalmente, un aspecto central del crecimiento de la ciencia política en América Latina ha sido el desarrollo de publicaciones científicas. Hemos pasado de un estilo más ensayístico

y con circulación limitada, a un escenario donde existen decenas —sino cientos— de revistas de ciencia política en español, muchas de ellas indexadas en sistemas internacionales. Esto ha permitido una mayor inserción de la región en el ámbito académico global.

En este contexto, la Asociación Internacional de Ciencia Política (International Political Science Association, IPSA) también ha dado un espacio creciente a América Latina. Varias asociaciones nacionales se han afiliado y han ganado representación en sus instancias de dirección. Yo mismo integré el Comité Ejecutivo, que incluye sistemáticamente a dos o tres representantes latinoamericanos. Todo esto ha contribuido a que la ciencia política mundial mire a nuestra región con mayor atención y reconozca sus avances.

Producción académica: temas, revistas y nuevas iniciativas

¿Cuál es su opinión sobre las revistas académicas establecidas en nuestra disciplina (por ejemplo, la Revista de Ciencia Política y otras referentes regionales)? ¿Qué fortalezas y limitaciones ve en ellas para la difusión de investigación latinoamericana?

La creación de revistas académicas en ciencia política en América Latina estuvo estrechamente vinculada al desarrollo de posgrados y a la necesidad de contar con sistemas de evaluación más rigurosos. Durante décadas, la disciplina se caracterizó por un estilo ensayístico, con investigaciones sin métodos definidos ni criterios claros de calidad. En muchos casos, la investigación se hacía como un pasatiempo en los ratos libres de la docencia, sin un reconocimiento profesional. Con el tiempo, las universidades y también los Estados comenzaron a exigir una mayor profesionalización: doctorados para formar investigadores y publicaciones en revistas arbitradas como condición para evaluar el impacto y la relevancia del trabajo académico.

Las revistas cumplen un papel esencial porque los artículos son revisados por pares especializados, lo que asegura estándares académicos. De esta forma, se consolidó una carrera más estructurada: investigadores con sueldos para producir conocimiento, obligados a mostrar resultados verificables y publicados. Este cambio fomentó que los colegas se preocuparan por realizar buenos trabajos, publicarlos con regularidad y, en muchos casos, hacerlo también en inglés para ampliar su alcance.

Ahora bien, aunque las revistas latinoamericanas se expandieron y han dado salida a la producción regional, enfrentan limitaciones importantes en el plano internacional. En América Latina

existen cientos de revistas de ciencia política y ciencias sociales afines, pero apenas una decena está indexada en Scopus o Web of Science, los principales sistemas de referencia mundial. La mayoría se ubica en bases regionales como Latindex, RedALyC o Dialnet, que son valiosas, pero equivalen a una “segunda división” en términos de visibilidad global. Incluso en áreas cercanas —como revistas de administración en Ecuador— algunas han alcanzado indexación, pero son excepciones.

Esta situación tiene consecuencias: los artículos publicados en revistas latinoamericanas circulan y se citan mucho dentro de la región, pero siguen siendo poco visibles a nivel internacional. Al mismo tiempo, las revistas locales enfrentan una competencia desigual: las publicaciones más prestigiosas del mundo reciben gran cantidad de artículos y se quedan con los mejores, mientras que las latinoamericanas, que reciben menos envíos, deben aceptar trabajos de calidad diversa para sostener su continuidad.

Con todo, considero que las revistas de la región cumplen una función fundamental. No se trata únicamente de aspirar a la excelencia internacional —lo cual es deseable—, sino también de sostener un ecosistema amplio que permita la formación de nuevas generaciones de investigadores. Tal como en el fútbol, no puede haber jugadores de primera división sin ligas barriales o divisiones inferiores. Del mismo modo, las revistas regionales permiten que los académicos jóvenes publiquen, aprendan y progresen hacia estándares más altos.

En comparación con otras regiones, América Latina aún está detrás del núcleo anglosajón (Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia) y de Europa occidental y del norte, donde existen tradiciones editoriales muy consolidadas. España y Portugal, que comparten nuestros idiomas, están mejor posicionados que América Latina, pero todavía lejos de países como Holanda, que es casi un emporio académico.

Por eso, creo que debemos valorar positivamente el camino recorrido. Las revistas latinoamericanas han buscado mayor rigurosidad, han adoptado sistemas de revisión por pares y cumplen con estándares editoriales cada vez más exigentes. Aún falta tiempo para alcanzar un impacto internacional equivalente al europeo, pero el rumbo es correcto. La ciencia política latinoamericana está creciendo y, con el esfuerzo sostenido de nuestras instituciones y revistas, podrá seguir ganando espacio en el escenario académico global.

En los últimos años han surgido iniciativas editoriales de base estudiantil o de asociaciones civiles (por ejemplo, revistas como *Politai*). ¿Qué valor académico y formativo atribuye a estas publicaciones? ¿Qué recomendaciones daría para que sean sostenibles y rigurosas sin perder su carácter innovador?

Más allá de casos concretos, creo que en general existe un espacio muy valioso —ya sea desde asociaciones civiles, colectivos

estudiantiles u otras iniciativas— para producir y tratar de ingresar al debate académico. Hacen bien y contribuyen, aunque la sostenibilidad de esas revistas depende de varios factores. El primero es contar con contenidos; sin artículos, no hay revista. El segundo es tener lectores, porque el impacto es fundamental. Hoy es posible medir cuántas veces se descarga un artículo en línea. Aunque eso no siempre se traduzca en citas, sí muestra que circula y llega a la gente.

Existen distintos modelos de publicación. *Nueva Sociedad*, por ejemplo, es una revista muy prestigiosa en América Latina que no sigue el formato estricto de una revista científica con arbitraje anónimo. Publica más ensayos que resultados de investigación, aunque muchos de esos ensayos se basan en investigaciones y están plenamente insertos en el debate académico. Este modelo muestra que hay un espacio intermedio: revistas que, sin ser científicas en sentido estricto, aportan al debate intelectual y político con calidad.

Esto es importante porque la ciencia política, a diferencia de otras disciplinas, no produce tecnología en sentido estricto. No fabricamos una vacuna ni resolvemos un problema de ingeniería; lo que hacemos es explicar procesos y advertir tendencias. Un ejemplo es el proceso de autocratización: el surgimiento de partidos extremistas, en general de derecha, y de líderes personalistas con gran apoyo popular que, una vez en el poder, socavan los contrapesos democráticos como la independencia judicial o la libertad de prensa. Ese tipo de hallazgos va desde los estudios científicos que buscan modelos explicativos hasta las columnas de opinión que escribimos en los medios sobre coyunturas específicas, como las elecciones.

En ese sentido, estas revistas estudiantiles o de asociaciones cumplen un rol intermedio entre la publicación académica rigurosa y la columna de opinión en la prensa. Representan una elaboración intelectual más sofisticada que una columna, pero más flexible e innovadora que una revista científica tradicional. Contribuyen a divulgar, a debatir y a poner temas en circulación que de otro modo quedarían restringidos al mundo académico.

Pensemos en el caso del Perú. Uno de los problemas centrales es la debilidad y falta de institucionalización de los partidos políticos. Se intentó introducir elecciones primarias, pero nunca se concretaron. ¿Hubiera sido una buena solución? No lo sabemos con certeza. Y justamente porque no existe una “vacuna” contra el autoritarismo o la fragilidad institucional, necesitamos espacios de debate sobre estas alternativas. Revistas como las que mencionas pueden cumplir esa función: ofrecer un espacio intermedio, innovador y formativo, donde se discutan propuestas y se acerque la ciencia política al debate público.

Ciencia política y esfera pública

En un escenario donde la circulación de narrativas falsas influye en la opinión pública y en la política, ¿cómo pueden los politólogos comunicar sus hallazgos de manera rigurosa pero accesible, de modo que su conocimiento contribuya efectivamente a mejorar la calidad del debate democrático?

Creo que esta es una tarea fundamental, que no siempre se toma en cuenta y que deberíamos promover más activamente. En las universidades latinoamericanas, herederas del reformismo de Córdoba de 1918⁷, se estableció como función relevante la extensión: la salida del académico de la “torre de marfil” para vincularse con la sociedad. Esa vocación sigue siendo necesaria.

Muchas veces nuestros artículos —especialmente aquellos publicados en inglés y con modelos matemáticos complejos— resultan difíciles de entender incluso para otros colegas. En esas condiciones, difícilmente llegarán a un político, a un dirigente social o a un ciudadano. La pregunta clave es: ¿ese hallazgo tiene alguna aplicación o sentido para la realidad política? Probablemente sí, pero para que lo tenga, debe ser divulgado.

Existen distintas formas de hacerlo: columnas de opinión en diarios de circulación nacional, textos de divulgación más breves y accesibles, o portales especializados. Un buen ejemplo es *Latinoamérica 21*⁸, una iniciativa que combina académicos y periodistas para producir columnas breves sobre temas coyunturales —elecciones, política exterior, reformas judiciales, entre otros—. Sus artículos circulan no solo en línea, sino también en periódicos importantes de la región gracias a convenios editoriales, lo que amplifica su alcance.

Esa combinación entre periodistas interesados en la política y académicos de la disciplina funciona como una interfaz entre el conocimiento científico y el público más amplio. Los artículos académicos rigurosos suelen ser difíciles de leer para no especialistas; estas plataformas logran traducirlos en un lenguaje accesible, sin perder calidad.

El público que recibe estos contenidos no son necesariamente las “masas populares”, pero sí un sector estratégico: operadores y militantes políticos, activistas, dirigentes sociales, voluntarios. Son personas muy interesadas en la política, aunque no sean especialistas, y que valoran informarse y discutir con argumentos. Llegar a este público es clave porque actúa como intermediario entre las élites y los votantes, contribuyendo a mejorar la calidad del debate democrático.

7 Movimiento estudiantil iniciado en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, en 1918

8 Medio de comunicación y plataforma de contenidos difusora de artículos, videos y podcasts de actualidad

Futuro de la disciplina y nuevas generaciones

¿Qué cambios ha observado en la enseñanza de la ciencia política en América Latina en los últimos 10 a 15 años (en términos de contenidos, metodologías, interdisciplinariedad y tecnologías)? ¿Existe una mayor adopción de metodologías cuantitativas, y cómo se combina con enfoques cualitativos y contextuales?

Es complicado tener una visión completa de lo que ocurre en todos los países, pero a partir de mis propios trabajos, de lo que leo en colegas y de mi percepción cualitativa, puedo señalar que en los últimos 10 o 15 años se observan cambios claros en la enseñanza de la ciencia política en América Latina.

Primero, en cuanto a contenidos: las carreras de ciencia política se consolidaron sobre todo con las transiciones democráticas de la tercera ola. En los noventa estuvieron muy concentradas en los temas clásicos: transiciones y consolidación democrática, partidos, elecciones, presidencialismo versus parlamentarismo. Apenas había espacio para políticas públicas. Eso cambió hacia inicios de los 2000: se incorporó el estudio del Estado y de la reforma estatal (en parte como reacción al ciclo neoliberal), también entraron las relaciones internacionales —que en EE. UU. son parte de la ciencia política, mientras en América Latina venían más de una formación jurídica o diplomática—, y más recientemente el feminismo y las cuestiones de género. En general, las carreras se hicieron más abiertas y flexibles, con cursos optativos y con la posibilidad de profundizar ciertos temas en los posgrados.

En metodologías, la evolución también es clara. Antes predominaba una formación más ensayística, menos rigurosa, un poco desconfiada de los números. Los sociólogos tenían más tradición cuantitativa, y los politólogos buscaban diferenciarse de ellos. Hoy, en cambio, se espera que una investigación esté orientada a verificar hipótesis. Desde la segunda década del siglo XXI hubo un empuje fuerte de los métodos cuantitativos, inspirado en lo que se hacía en Estados Unidos y Europa. Primero fue enseñar estadística y regresión; luego, con la llegada de grandes bases de datos —pienso en Twitter, con millones de tuits—, lo cuantitativo ganó todavía más terreno.

Ahora bien, eso no significa que lo cualitativo haya desaparecido. Al contrario: se consolidó la idea de que no es lo mismo un ensayo que una investigación cualitativa rigurosa. Estudios de caso, diseños comparados de pocos casos, entrevistas, revisión de prensa: todo eso se fue sistematizando. Incluso hubo un auge, hace unos quince años, del QCA (Qualitative Comparative Analysis⁹) que, aunque hoy no está tan de moda, mostró que también lo cualitativo puede ser muy riguroso.

9 El Análisis Comparativo Cualitativo es un método para comparar casos e identificar qué combinaciones de factores conducen a resultados específicos.

El resultado es que hoy en las carreras de ciencia política se ha fortalecido el tronco metodológico. Hay más espacio tanto para lo cuantitativo como para lo cualitativo, y sobre todo se avanza en métodos mixtos: investigaciones que combinan ambos enfoques, buscando que el cruce de datos y evidencias permita llegar a conclusiones más sólidas.

En el actual contexto latinoamericano, marcado por la erosión de la calidad democrática, la fragmentación de los sistemas partidarios y el aumento de la desconfianza ciudadana, ¿qué líneas de investigación considera prioritarias para orientar el desarrollo de la ciencia política en la región durante los próximos años?

Creo que la ciencia política siempre ha reaccionado frente a los acontecimientos, aunque no tanto a hechos puntuales como a las grandes tendencias. Y una de las más preocupantes en América Latina hoy es el deterioro democrático asociado a liderazgos populistas. En general son de derecha, pero no únicamente: Venezuela es el caso más claro de un proceso de autocratización iniciado desde la izquierda. El de Fujimori en Perú, en cambio, fue distinto: un adelantado del populismo autoritario, pero que recurrió a un golpe de Estado, más cercano a las rupturas clásicas.

Lo que vemos en esta nueva oleada es diferente: líderes que acceden al poder democráticamente y, apoyados en mayorías legislativas y en su popularidad, terminan concentrando los otros poderes del Estado. Bukele en El Salvador es un caso extremo: con un respaldo electoral abrumador, rediseñó el Parlamento y avanzó sobre el Poder Judicial. Algo similar preocupa en México, donde López Obrador dejó a su sucesora Claudia Sheinbaum con una mayoría legislativa que incluso respalda la propuesta de elegir jueces y juezas por voto popular, lo que plantea dudas serias sobre la independencia judicial. Y lo mismo había ocurrido antes con Chávez y Maduro en Venezuela, cuando todavía no se hablaba de fraude: ganaron elecciones limpias y, gracias a su arrastre popular y a sus mayorías legislativas, coparon todas las instituciones.

Esto se explica porque no se trata solo de carisma. La gente apoya a estos líderes porque percibe logros concretos: mejoras en justicia social, reducción de la inseguridad, respuestas inmediatas a problemas que venían acumulándose. El caso de El Salvador es paradigmático: Bukele efectivamente logró bajar drásticamente los niveles de violencia, pero al costo de encarcelamientos masivos, muchas veces arbitrarios, y de un deterioro profundo de las libertades individuales. Lo mismo ocurrió con Fujimori en el Perú: el apoyo ciudadano se sostuvo en parte por la promesa de acabar con Sendero Luminoso en un contexto de enorme inseguridad.

El desafío es que la política democrática debería centrarse en quién resuelve mejor los problemas de la gente. Sin embargo, en muchos países lo que predomina es la competencia basada en desprestigiar al adversario: se vota al “menos malo”, al que

parece “menos corrupto”. Eso erosiona la confianza ciudadana y abre la puerta a outsiders que se presentan como salvadores precisamente porque “no son políticos”. Lo vimos con Bukele en El Salvador, lo vemos con Milei en Argentina, y antes lo vimos en otros procesos donde la alternancia democrática se desgastó porque la gente sintió que ningún gobierno resolvía sus problemas.

Aquí la corrupción es central. El caso peruano es ilustrativo: prácticamente todos los expresidentes han sido procesados o condenados. Eso alimenta la percepción de que “todos los políticos son corruptos”, y cuando esa idea se instala, es casi imposible sostener legitimidad democrática. El problema es que los outsiders que prometen ser distintos suelen reproducir —o incluso profundizar— la corrupción. Y a esto se suma la violencia, que muchas veces está estrechamente vinculada con prácticas corruptas.

Pero no podemos perder de vista las raíces estructurales. América Latina sigue siendo el continente más desigual del mundo. Sin políticas redistributivas y sin sistemas educativos que permitan a los sectores más pobres acceder a mejores oportunidades, la democracia seguirá siendo frágil. En Europa, la gran mayoría de los jóvenes logra ingresar a la universidad; en América Latina, apenas lo hace una parte, y muchas veces los recursos económicos determinan si se completa o no la educación básica y media. Esto se conecta con la violencia y el crimen organizado: adolescentes que ven cerradas sus posibilidades educativas y laborales terminan integrándose en bandas que les ofrecen dinero inmediato.

En definitiva, la desigualdad, la falta de oportunidades educativas, la corrupción y la violencia y el crimen organizado forman un entramado difícil de separar. Y ahí la ciencia política tiene un desafío enorme: comprender cómo interactúan estos factores y ofrecer claves para que los sistemas políticos puedan construir democracias más sólidas e inclusivas.

En Uruguay usted contribuyó a la formación de una asociación nacional de ciencia política. ¿Cómo distingue usted el rol y la naturaleza de asociaciones académicas (como AUCiP o ALACIP) frente a colegios profesionales o consejos de regulación profesional? ¿Qué ventajas e inconvenientes tendría institucionalizar la profesión por medio de un colegio profesional?

Hay diferencias claras entre asociaciones académicas y colegios profesionales. En profesiones como la medicina, la arquitectura o la contaduría, la colegiación es fundamental porque la firma del profesional garantiza que el trabajo se realizó de manera correcta. Por ejemplo, una empresa necesita que su balance esté firmado por un contador para asegurar que las cuentas están en orden. En el caso de la ciencia política, nuestra práctica es mucho más libre y no existe una función similar que requiera certificación profesional.

De todas formas, la colegiación podría otorgar ciertas ventajas corporativas. Por ejemplo, permitiría fijar aranceles para determinados servicios, lo que podría traducirse en mejores salarios, o promover el reconocimiento de la profesión dentro del Estado. Actualmente, en muchos casos, los politólogos que trabajan en la administración pública no son remunerados como profesionales, sino que ocupan cargos de menor rango en el escalafón. Un colegio podría contribuir a que quienes tienen una licenciatura o maestría sean reconocidos en igualdad de condiciones que otros profesionales con la misma formación.

Sin embargo, también hay riesgos. Si el colegio actúa como *gatekeeper* y restringe quién puede o no ejercer, podría volverse excluyente. Para evitarlo, tendría que incluir a todas las personas que cumplan con los requisitos básicos, como poseer una licenciatura en ciencia política con título reconocido.

En Uruguay este debate ha estado presente. Si bien las asociaciones de ciencia política no funcionan como colegios, suelen cumplir un rol importante en la defensa de la profesión y en la mejora de las condiciones de los politólogos. En nuestro caso, por ejemplo, la asociación trabajó para que el título de licenciado en ciencia política fuera reconocido en los escalafones estatales, lo que permitió equiparar a los politólogos con otros profesionales. Esto es algo que podría hacer un colegio, pero en nuestro país se logró sin necesidad de regular el ejercicio de la profesión ni exigir la “firma” de un politólogo para certificar nada.

Finalmente, ¿qué mensaje le daría a los estudiantes y jóvenes politólogos en el Perú que hoy se forman en un contexto de continua crisis política?

En los temas que yo estudio —partidos políticos y elecciones—, Perú es un caso muy particular. Se le ha llamado una “democracia sin partidos” por la corta vida de la mayoría de ellos y por la gran inestabilidad política. Es, probablemente, el país con más terminaciones presidenciales antes de tiempo en los últimos años. Más allá del fujimorismo, que ha mantenido continuidad en las últimas décadas, los partidos aparecen y desaparecen, hay una gran fragmentación y volatilidad: pueden pasar de obtener 50% de los votos a caer a 15%. Nadie logra mayorías, los presidentes son débiles y el Congreso actúa en confrontación con el Ejecutivo. Incluso las primarias, que es un tema que estudio, fueron impulsadas por Vizcarra como una presión al Congreso, que aprobó una ley que no quería, la modificó y finalmente nunca la aplicó.

Estas dinámicas son complejas, pero justamente por eso Perú es un caso muy interesante para quienes estudian instituciones políticas, leyes electorales y relaciones entre Ejecutivo y Legislativo. Además, si les interesa la vida académica, aquí hay un campo de investigación muy fértil.

Creo también que parte de la inestabilidad tiene que ver con problemas regionales como la corrupción y la judicialización de la política. Por eso, un consejo que siempre doy a los estudiantes de ciencia política es evitar el moralismo excesivo. Muchas veces se termina cuestionando incluso que los políticos tengan un salario digno, cuando en realidad la política es una actividad que requiere formación, trayectoria y dedicación. Si el salario es suficiente para que puedan vivir con tranquilidad y se concentren en resolver los problemas de la gente, eso es positivo. Lo importante es sancionar la corrupción, no legitimar la idea de que “como roban, no les paguemos”.

Hay que recuperar la legitimidad de la carrera política, motivar que gente nueva y preparada quiera participar, que existan renovaciones y que quienes gobiernen puedan demostrar que se esforzaron por resolver los problemas, aunque no siempre lo logren del todo. Quienes estudiamos ciencia política deberíamos comprender estas dinámicas y contribuir a que la ciudadanía vuelva a confiar en la política, en lugar de profundizar su desprestigio.

Para concluir, quisiera felicitarlos por el aniversario de la revista y alentarlos a que sigan adelante. Todo este esfuerzo contribuye al desarrollo de la disciplina y mantengo la expectativa —aunque no sea una convicción plena— de que la expansión y el fortalecimiento de la ciencia política en Perú y en América Latina contribuyan a mejorar nuestras democracias.